

Judith Lorber

*Fragmentación
y persistencia
de lo binario*



**La nueva
paradoja
del
género**

PAIDÓS

Judith Lorber

**La nueva paradoja
del género**

Fragmentación y persistencia
de lo binario

Traducción de Montserrat Asensio

PAIDÓS Contemporánea

Título original: *The New Gender Paradox*, de Judith Lorber
Esta edición se ha publicado en acuerdo con Polity Press Ltd.,
Cambridge

1.ª edición, marzo de 2023

© Judith Lorber, 2022
© de la traducción, Montserrat Asensio Fernández, 2023
© de todas las ediciones en castellano,
Editorial Planeta, S. A., 2023
Paidós es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona, España
www.paidos.com
www.planetadelibros.com

ISBN 978-84-493-4062-8
Maquetación: Realización Planeta
Depósito legal: B. 1.857-2023
Impresión y encuadernación en Liberdúplex, S. L.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en
cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico,
por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo
y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede
ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y
siguientes del Código Penal). Diríjase a CEDRO (Centro Español de
Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún
fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web
www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Impreso en España – *Printed in Spain*

Sumario

Agradecimientos	9
Introducción	11
1. La construcción de personas, organizaciones y sociedades marcadas por el género	19
2. La fragmentación del binarismo de género	47
3. La persistencia del binarismo de género	83
4. ¿Por qué no ha habido una revolución del género?	125
Referencias	157
Índice analítico y de nombres	187

1

La construcción de personas, organizaciones y sociedades marcadas por el género

Vivimos en un mundo completamente marcado por el género. Es un elemento constante de quiénes y qué somos, de cómo nos tratan los demás y de nuestro estatus general en la sociedad. El género determina el cuerpo, la personalidad y las maneras de pensar, de actuar y de sentir. Como desde que nacemos se nos asigna un género a través del nombre, la ropa y las interacciones con la familia, los maestros y los iguales, sentimos (y por lo general se nos explica) que nuestra identidad como niño o niña, y luego como hombre o mujer, es el resultado natural del aspecto de nuestros genitales y de los signos que evidencian nuestro sexo biológico. La premisa de partida es que la biología produce dos categorías sociales de personas («de sexo feme-

nino» y «de sexo masculino»), que es inevitable que las sociedades se dividan en base a esas dos categorías y que las personas en cada una de ellas serán necesariamente distintas.

Es una *doxa* del siglo xx: lo que «huelga decir porque ocurre por defecto» (Bourdieu, 1977: 167). A pesar de que se da por sentado, la búsqueda de los orígenes biológicos de las diferencias de género ha alimentado una profusión de estudios científicos sobre las bases fisiológicas, ya sean genéticas, hormonales o de otro tipo, de una amplia variedad de conductas de género (Jordan-Young, 2010; Van den Wijngaard, 1997). En realidad, apenas hay diferencias entre los géneros, como han demostrado los metaanálisis de muchísimos de esos estudios. Un equipo de investigación (Zell, Krizan y Teeter, 2015) llevó a cabo ciento seis metaanálisis que, en total, incluían datos procedentes de doce millones de personas. La mayoría de las diferencias de género que se hallaron eran pequeñas, con muy pocos tamaños del efecto medianos (11,9%), grandes (1,8%) o muy grandes (0,8%).

A pesar de ello, vivimos en sociedades estructuradas sobre la base de las diferencias de género, y, como no son naturales, hay que construirlas. El género divide a las personas en categorías sociales opuestas: «niñas» y «niños», y «mujeres» y «hombres». En esta conceptualización estructural, la

construcción del género es el proceso y el orden social marcado por el género es el producto de ese constructo social. La interacción con los cuidadores, la socialización en la infancia, la presión de los iguales en la adolescencia y las profesiones y los roles familiares determinados por el género no solo dividen a las personas en dos grupos distintos, sino que las llevan a manifestar conductas, actitudes y emociones diferentes. El contenido específico de las diferencias dependerá de la cultura, los valores y la estructura económica y familiar actuales de la sociedad, así como de la historia pasada. El orden social basado en el género se levanta sobre esas diferencias, a las que a su vez mantiene. Por lo tanto, se establece un circuito cerrado continuo entre las instituciones sociales marcadas por el género y la construcción social del género por parte de cada individuo (West y Zimmerman, 1987). En las sociedades con otras divisiones sociales importantes, como la raza, la etnia, la religión o la clase social, el género se entreteje íntimamente con esas otras categorías (West y Fenstermaker, 1995). A pesar del solapamiento de todas estas categorías, el mundo occidental contemporáneo es un mundo profundamente marcado por el binarismo de género, lo que da lugar a solo dos categorías legales: «sexo femenino» y «sexo masculino».

Para los individuos, el género es una categoría

social fundamental que interseca con otras categorías sociales importantes (grupo étnico y racial, clase social, religión, orientación sexual, etc.). Por lo tanto, en realidad no es una categoría binaria, por mucho que se la considere así legal y socialmente, así como en la mayoría de la investigación en ciencias sociales. El género se fragmenta cuando hablamos del individuo; desde una perspectiva social, el género se impone a todas las multiplicidades y divide a la población en solo dos categorías.

Las divisiones binarias del género impregnan profundamente todos los aspectos de la vida y de la organización social en la mayoría de las sociedades. Aunque el principio del binarismo de género permanece inmutable, su contenido cambia a medida que cambian otros aspectos importantes del orden social. La división del trabajo por géneros ha variado debido a la transformación de los medios de producción de la comida y de otros productos, lo que a su vez ha modificado las pautas de crianza de los hijos y las estructuras familiares. Los desequilibrios de poder basados en el género, que suelen derivar de la capacidad para acumular y distribuir recursos materiales, han evolucionado de la mano de los cambios en las leyes que rigen la propiedad y las herencias. Los hombres no han dominado a las mujeres de la misma manera a lo largo del tiempo y en todos los lugares, sino que es algo

que ha ido cambiando junto con las estructuras políticas, económicas y familiares. Entendido como un principio subyacente que permite categorizar y valorar a las personas, el género se ha construido de formas distintas en diferentes partes del mundo y momentos de la historia. El principio inmutable es que los hombres dominan a las mujeres; lo que ha variado es el alcance de esa dominación.

A pesar de que el género es omnipresente, porque se construye y se mantiene gracias a las interacciones diarias, los agitadores del género se pueden resistir a él y remodelarlo (Butler, 1990). La perspectiva de la construcción social afirma que cada persona crea su propia realidad e identidad social (el género incluido) a partir de las interacciones que mantiene con los demás, como los familiares, los amigos y los compañeros de trabajo. El género es un acto constante, aunque restringido por las normas generales de la vida social, las expectativas culturales, las normas en el lugar de trabajo y las leyes. Estas limitaciones sociales también se pueden cambiar, aunque no resulta fácil, porque la misma estructura del orden social promueve su estabilidad (Giddens, 1984). Muchos aspectos del género han cambiado gracias a acciones individuales, grupos de presión y movimientos sociales. No así la estructura binaria subyacente.

El género está incrustado en el sistema social

global del mundo occidental y penetra la producción de bienes y servicios, la amistad y la familia, la sexualidad, las relaciones emocionales y hasta las minucias de la vida cotidiana. Aunque los comportamientos de género se han cuestionado, la legitimidad global del orden social basado en el género está profundamente arraigada, al tiempo que se ve reforzada por estudios científicos sobre las supuestas diferencias innatas entre personas de sexo masculino y de sexo femenino. El embarazo y el parto constituyen la piedra de toque definitiva. Las diferencias reproductivas y otras diferencias biológicas forman parte del orden social construido alrededor del género, que está tan arraigado y es tan omnipresente que lleva a que se perciban como naturales las conductas y las actitudes que suscita, por ejemplo, la mayor predisposición de las mujeres a los cuidados y a la forja de vínculos. Esta creencia en diferencias naturales (y, por lo tanto, necesarias) legitima muchas desigualdades de género y la explotación de la mujer.

El concepto de género en las ciencias sociales ha evolucionado y ha pasado de ser un atributo de las personas que produce efectos en el fenómeno estudiado (por ejemplo, el índice de criminalidad en hombres y mujeres, las pautas de voto en las elecciones, la participación en la mano de obra...) a convertirse en uno de los pilares del orden social

y en un elemento clave en todos los aspectos de la vida social (por ejemplo, la delincuencia se conceptualiza y se categoriza basándose en el género; el poder político tiene género; la economía y la mano de obra se segregan y se estratifican por género). Las sociólogas feministas han plasmado los efectos del género en la vida cotidiana y en las instituciones sociales, y han presentado multitud de datos que demuestran que estos procesos mantienen la desigualdad entre hombres y mujeres.

Las teorías feministas han relacionado las estructuras sociales marcadas por el género con las personalidades y la conciencia de género. Nancy Chodorow (1978) vincula la división de las tareas de crianza de los hijos en la familia nuclear heterogénero occidental con la cosificación y la represión emocional en la psique de los hombres, y con la apertura emocional y la crianza en la psique de las mujeres. Ambas emergen de la primacía de las mujeres en la crianza de los hijos. La separación de sus madres y la identificación con sus padres y con otros hombres permiten a los niños varones entrar en el mundo dominante, pero también les exige reprimir constantemente el anhelo emocional que sienten por sus madres y el miedo a la castración. La identificación continuada de las niñas con sus madres facilita que estén disponibles para la intimidad; y su emparejamiento heterosexual con

hombres que no las satisfacen emocionalmente da lugar a su deseo de ser madres y reproduce la estructura familiar marcada por el género de la que emergen las psiques diferenciadas por género.

En cuanto al origen de la opresión de la mujer, las feministas multiculturales y poscoloniales afirman que hay sistemas complejos de dominio y de subordinación en los que algunos hombres se subordinan a otros hombres y también a algunas mujeres (Collins, 2000; Trinh, 1989). Aunque todos los hombres pueden recibir un «dividendo patriarcal» de privilegio y de derechos de acceso al trabajo, a la sexualidad y a las emociones de las mujeres, algunos disfrutan también de los privilegios adicionales que otorgan la raza blanca, la educación formal, la prosperidad y el prestigio (Connell, 1995). El análisis de género entiende las jerarquías de género como un elemento inseparable de otras jerarquías y afirma que las jerarquías de clase, de raza y de logro también se han de ver como evidentemente supeditadas al género (Acker, 1999; Glenn, 1999). En este sentido, la diferencia se amplía y pasa de ser «hombres frente a mujeres» a abarcar las multiplicidades de semejanza y de diferencia entre las mujeres, entre los hombres y entre los individuos también, unas diferencias que surgen de ubicaciones sociales similares y distintas (Braidotti, 1994; Felski, 1997; Frye, 1996).

A pesar de todas estas multiplicidades que se intersecan, el mundo social occidental se divide en solo dos géneros. Los miembros que integran cada una de estas categorías son lo bastante similares entre sí como para que se les pueda identificar, al tiempo que son lo bastante distintos de los miembros de la otra categoría como para que se les puedan asignar responsabilidades sociales y familiares diferenciadas y se les recompense y valore económica y culturalmente de maneras en absoluto equitativas.

La teoría feminista estructural del construccionismo social afirma que el orden social basado en el género se reconstituye constantemente, incluso cuando la acción individual y colectiva interfiere con él, mientras que el feminismo posmoderno ha demostrado que las personas pueden desordenar y desestabilizar de forma consciente las categorías, lo que abre la puerta al cambio (Flax, 1987). El orden social es una estructura interseccional, con individuos y grupos contruidos socialmente y clasificados en una jerarquía piramidal de poder e indefensión, de privilegio y desventaja, de normalidad y de otredad. Dado que estas categorías sociales y las justificaciones que legitiman su desigualdad se construyen a partir de las interacciones en la vida cotidiana y de las representaciones culturales y se consolidan mediante las prácticas y las leyes

institucionales, se pueden subvertir a través de la resistencia, la rebelión y la acción política coordinada.

Sin embargo, la mayoría de las personas hacen el género constantemente y, por lo general, sin siquiera ser conscientes de ello. Tanto si se trata de personas privilegiadas como oprimidas, hacen el género porque, de lo contrario, se las señala como poco masculinas o poco femeninas. Esta dinámica dual de hacer y de ser señalado es la fuente del poder del género como sistema de desigualdad construido socialmente. Este poder se ve enormemente reforzado por la invisibilidad de los procesos del género, la falta de reflexión a la hora de hacer el género y la creencia de que el orden del género se basa en diferencias de sexo naturales e inmutables.

La estructura social bigénero se está fragmentando ahora de múltiples maneras: por quienes eligen personalidades no binarias, por quienes optan por minar o cuestionar sus cimientos, por personas transgénero que pueden eludir las concepciones tradicionales de identidad femenina y masculina, por activistas y atletas intersexuales y por quienes borran el uso del lenguaje con marcas de género. Al mismo tiempo, el binarismo de género se ve reforzado por la creencia en el origen biológico de las diferencias de género en el cerebro y en la con-

ducta, por la investigación basada en dos categorías únicas de género, por actitudes que revalorizan a las mujeres, por la masculinidad hegemónica, por el movimiento #MeToo, por la violencia de género y por las sexualidades dependientes de una pareja con género.

Etnometodología de la construcción del género

El género como constructo social apareció por primera vez en la historia de Agnes, publicada en *Estudios en etnometodología* (1967) de Harold Garfinkel. Agnes tenía diecinueve años y senos completamente desarrollados, pene y testículos, y había acudido a un centro de la Universidad de California en Los Ángeles donde se estudiaba a personas con «irregularidades anatómicas severas». Aunque se presentaba como intersexual, en realidad era un niño normal que, desde los doce años, tomaba pastillas con hormonas femeninas que le robaba a su madre. Lo más importante para Garfinkel era el modo en que Agnes había logrado la expresión de género de una «mujer natural y normal» a través del timbre de voz, la gestualidad, la ropa y otros manerismos a los que ahora llamaríamos «feminidad enfatizada». Aunque carecemos del testimonio de la propia Agnes, múltiples personas transgénero han

descrito con sus propias palabras cómo construyeron su identidad de género, y estas descripciones han pasado a formar parte integral de la literatura construccionista (Bolin, 1988; Devor, 1997; Ekins, 1997).

Una idea que en Garfinkel queda en segundo plano, pero a la que otros analistas de los estudios de género han dado protagonismo es la de que las personas transgénero no son las únicas que crean una identidad de género; todos producimos una versión de masculinidad o de feminidad lo bastante aceptable social y culturalmente que satisfaga las expectativas de normalidad a los ojos de los otros en nuestros grupos sociales. Suzanne Kessler y Wendy McKenna desarrollaron las ideas de Garfinkel en *Gender: An Ethnomethodological Approach* (1978) y demostraron que el género se produce como un hecho social cuando se presenta una identidad aceptable para los otros. La atribución de género reproduce el binarismo de género, pasa por alto las anomalías y asume la congruencia anatómica con el aspecto externo. Mientras que en la primera evaluación de un recién nacido se observan los genitales para asignarle un sexo, los genitales que hay bajo la ropa se presuponen a la hora de atribuirle un género. Kessler y McKenna los llaman «culturales». La explicación etnometodológica de la construcción del género que ofrecen Kessler y

McKenna se centra en la función que desempeña «el otro» a la hora de validar el género, pero el libro concluye volviendo al «hacer»: «Todas las personas crean tanto la realidad de su género específico como el sentido de su historia, por lo que al mismo tiempo crean la realidad de dos, y solo dos, géneros naturales» (1978: 139).

Garfinkel no abordó la cuestión del alcance de la consciencia y de la complicidad en la construcción del género porque no supo hasta varios años después que Agnes había mentido acerca del origen de sus anomalías físicas (senos y pene). En un reanálisis feminista de la historia de Agnes, Mary Rogers (1992) propuso que Garfinkel había sido un «colaborador de género» involuntario que había expresado la masculinidad que Agnes necesitaba como contraste. Aunque la mayoría de las personas cisgénero se presentan como mujeres u hombres sin gestionar deliberadamente la impresión que producen, como hacen las personas transgénero, hubo momentos en que Garfinkel fue muy consciente de que promovía la feminidad enfatizada de Agnes presentando, por su parte, una masculinidad enfatizada (abrirle puertas, sentarla en un automóvil, etc.). Según Rogers, lo que subyacía a su conciencia superficial eran las diferencias de poder en su relación con Agnes. Él era más mayor, un profesional, controlaba las entrevistas durante

las sesiones y, junto con otros hombres en el contexto de investigación/clínica, era quien tenía la última palabra acerca de si Agnes podría acceder a la intervención de cambio de sexo que deseaba. Y así, como otras mujeres occidentales de la década de 1950, Agnes tuvo que ser manipuladora y ocultar información para conseguir lo que quería de los hombres que ostentaban poder sobre ella.

Aunque tanto la teoría construccionista del género como la investigación posterior se centraron en cómo las niñas y las mujeres aprenden de forma consciente a expresar el género heterosexual y a presentar conductas sumisas como estrategias para atraer a un marido, parecía que ambas asumían que los niños y los hombres absorbían las actitudes del privilegio patriarcal de un modo mucho menos consciente. Como la concienciación fue una de las estrategias del feminismo radical en el pasado, parecería que, sin el «clic» de la conciencia, las mujeres no son más conscientes que los hombres de la construcción del género en sus vidas.

La literatura feminista usó la historia de Agnes como un modelo de la producción de feminidad por parte de «mujeres naturales normales», lo que amplió drásticamente el concepto de construcción de género. Hay una enorme cantidad de estudios de investigación que demuestran que la socialización con los progenitores, los maestros y los iguales, así

como la imitación de las imágenes de atractivo heterosexual que los medios de comunicación promueven sin cesar, llevan a que las niñas y las mujeres de las sociedades occidentales se vuelvan dóciles, sumisas, emocionales y cuidadoras. Investigaciones posteriores acerca de la masculinidad demuestran que este mismo proceso da lugar a niños y hombres asertivos, reprimidos emocionalmente y agresivos sexualmente, a lo que hay que añadir el deporte como un escenario para la recompensa y la emulación de la conducta violenta (Messner, 2002).

Hacer el género

El concepto de «hacer el género» es fundamental en los estudios construccionistas de género. West y Zimmerman afirman que:

El género no es un conjunto de rasgos, ni una variable, ni un rol, sino el producto de un tipo concreto de conductas sociales. [...] Hacer el género significa crear entre los niños y las niñas, entre las mujeres y los hombres, diferencias que no son naturales, esenciales ni biológicas. Una vez construidas, las diferencias se usan para reforzar la «esencialidad» del género. (1987: 129, 137)

Una vez asignada la categoría sexual, «hacer el género» es inevitable e ineludible en una sociedad definida por el género. Los demás evalúan la expresión de género de cada individuo y cada individuo es responsable de expresar su género de manera adecuada. El resultado final no es solo la asignación personal e interpersonal de género, sino la atribución de género al lugar de trabajo, la política, los sistemas médicos y legales, las religiones y las producciones culturales: «Hacer el género proporciona tanto el andamiaje interaccional de la estructura social como mecanismos integrados de control social» (1987: 147).

Las mujeres se ajustan a las normas de la femineidad y, en este sentido, se convierten en cómplices de su propia opresión, del mismo modo que los hombres que se benefician de los privilegios de la masculinidad contribuyen a reproducir la opresión (Martin, 2001, 2003). Las mujeres con éxito, sometidas a la presión de tener que hacer el género correctamente, se enfrentan a conflictos entre su vida familiar y su vida profesional (Blair-Loy, 2003; Hochschild, 1997). Estas presiones limitan las decisiones relativas a su carrera profesional y a su familia de maneras que, con frecuencia, no eligen ellas. El discurso que modela las normas del trabajo y de la familia refleja premisas y valores de género insidiosos. Julia Nentwich (2004), una psi-

cóloga suiza, sugiere un lenguaje alternativo para construir realidades distintas. Afirma que, en una organización profesional, las mujeres pueden ser algo distinto (exóticas, fuera de la norma, un problema que hay que integrar) o pueden ser similares, por lo que tratarlas de un modo distinto es discriminatorio. En la familia, el lenguaje de la división tradicional del trabajo hace que la crianza de los hijos y el trabajo remunerado entren en conflicto, lo que convierte al trabajo remunerado en un privilegio para las madres y al tiempo en familia en un privilegio para los padres. Por el contrario, el lenguaje de la relación entre iguales da por hecho que el trabajo remunerado es importante para la mujer, que los padres cuidan de sus hijos y que ambos participan tanto en el trabajo remunerado como en la familia. En lo que se refiere al trabajo a jornada completa y a media jornada, la estructura lingüística dominante es que el trabajo a jornada completa ha de ser la norma, porque se ha de dar prioridad a las exigencias del trabajo; el desempeño se mide por el tiempo que se pasa en el trabajo, y la vida profesional y la vida personal son dos esferas separadas. En una estructura lingüística alternativa, el desempeño se mide por la consecución de objetivos, los trabajos se pueden repartir y el trabajo, la familia y otras áreas de la vida son esferas que se superponen (Epstein *et al.*, 1999).